

diatamente al desarme, porque además de que no se podía ya dar esplicaciones de algun fundamento acerca de unos preparativos tan adelantados, se hacia imposible soportar su coste. Empero era imposible tambien teniendo al frente la Alemania y la Inglaterra que tanto empujaban, decir de pronto que no habia cuidado despues de haberse alarmado al parecer hasta tal extremo, abandonar á los que ellos llamaban heróicos españoles, y volver á dejar pasar la mas brillante de las ocasiones, al decir suyo. Nada, era preciso vencer ó perecer con las armas en la mano; además de que, segun decian, tenian en su favor muchas probabilidades de buen éxito; como por ejemplo, el ejército austriaco reorganizado y mas floreciente que nunca; la Alemania exasperada, haciendo votos fervientes y dispuesta á pasar de los votos al auxilio mas activo, al primer triunfo; la Inglaterra, ofreciendo subsidios; la Rusia titubeando; la Francia empezando á pensar lo que pensaba la Europa, y debiendo dar menos apoyo que hasta alli al conquistador que la dejaba exhausta porasolar el mundo; el ejército francés, en fin, disperso del Oder al Tajo, de las montañas de Bohemia á los montes de Sierra Morena, diezmado por diez y ocho años de incesantes guerras, y débilmente reforzado por jóvenes arrebatados á sus desesperadas familias cuando frisaban en la edad de la adolescencia. Bajo el imperio de estas mil razones, un dia, sin saber como, se encontraron arrastrados por la pasion general, y se decidió la guerra, mandando reunir cinco cuerpos de tropas en Bohemia, dos en la Alta Austria, otros dos en Carintia y uno en Galicia, de los cuales debia ser generalisimo el archiduque Cár-

los. A los esfuerzos de la administracion militar se agregaron los de la diplomacia para preparar otro medio de guerra, el de las alianzas.

Anudáronse con Inglaterra relaciones que solo se habian roto en la apariencia; aceptáronse los subsidios que ofrecia á manos llenas, y se continuó la obra ya empezada de su reconciliacion con los turcos, ideóse, en fin, ensayar una tentativa cerca del emperador Alejandro, para atraerle de nuevo á lo que llamaban el interés de la Europa y su propio interés bien entendido.

Mucho tenia que hacer en Constantinopla la diplomacia austriaca: alejar los turcos de la Francia, unirlos á Inglaterra y disponerlos á arrojarse sobre la Rusia si seguia marchando de acuerdo con Napoleon, ó á dejarla en paz si rompía con éste, de modo que solo tuvieran que habérselas con el enemigo comun de la Europa, era una política muy bien calculada, y que merecia seguirse con actividad. Por lo demas las revoluciones continuas de la córte de Turquía prestaban materias á todas las intrigas esterores.

Desde que cayó del trono el sultan Selim, habian ensangrentado el serrallo nuevas catástrofes presentando á la Turquía como un imperio que, en medio de sus convulsiones interiores, sucumbe bajo su propio peso. El famoso pachá de Butschuk, Mustafá-Baraictar, ya fuese, como sostenia, adicto á su amo Selim, ya se ofendiera de que una faccion fanática, compuesta de genizaros y ulemas, hubiese dado el cetro sin consultarle, habia ido á situarse en Andrinópolis á la cabeza de un ejército obediente, y no parecia sino que desde alli gobernaba el imperio, pues todos los pachás le ha-

hian dirigido diputados, ó se habian trasladado allí en persona, para informarse de cual era su voluntad, y hasta el nuevo sultan Mustafá habia mandado enviados á su campamento, como poniéndose á discrecion suya. De este modo, so pretesto de conferenciar sobre la suerte del imperio, disponia de él Mustafá-Baraictar, quien no tardó en ir á acampar al pie de los muros de Constantinopla, hasta que al fin un día se dirigió al serrallo para volver á colocar en el trono á Selim, que vivia encerrado con las mugeres y guardado por los eunucos; pero en el momento que iba á ejecutar este proyecto, arrojaron á sus pies la cabeza de su infortunado amo, el principe mejor que habia reinado en Constantinopla desde hacia mucho tiempo. Por vengar á Selim, depuso Baraictar á Mustafá despues de un reinado de corta duracion, y á falta de otro, se vió obligado á tomar por soberano á Mahmouh, hermano del mismo Mustafá, de veinte y cuatro años de edad, que no carecia de buenas cualidades, y que habia adquirido al lado de Selim cuando este se hallaba prisionero, aficion á la civilizacion europea. Realizada esta revolucion, Mustafá-Baraictar gobernó el imperio durante unos cuantos meses con una autoridad absoluta, en nombre del jóven sultan; pero otra rebelion de genizaros hizo que cesara aquel despotismo añadiendo catástrofe sobre catástrofe. Sorprendido Baraictar por los genizaros antes de que pudiera acogerse al serrallo se ocultó en un subterráneo de su palacio, al cual habian puesto fuego, y allí pereció bajo las cenizas y las ruinas.

Mahmouh, en quien se unia el talento con la osadia, y que tenia cierta astucia, tomó alguna

parte en esa última revolucion. Libre ya de un magnate insolente, se habia dedicado á gobernar por sí su vacilante imperio, y lo procuraba en el momento mismo que la Francia y el Austria iban á medir otra vez sus fuerzas á orillas del Danubio. Atraer los turcos á su causa para disponer de ellos segun su conveniencia, era, como acabamos de decirlo, de gran importancia para el Austria, porque podia, ó arrojar un enemigo mas en brazos de los rusos, si estos seguian siendo aliados de Francia, ó libertar á estos de un enemigo incómodo, si consentian en unirse á lo que llamaban la causa europea.

La cosa se hacia fácil desde la nueva posicion de Francia respecto á los turcos. Efectivamente, estando como estaba unida á la Rusia, le era imposible seguir obteniendo la confianza de aquellos. Para cohonestar el cambio ocurrido despues de lo de Tilsit, tomó al principio por excusa la caída de su escelente amigo Selim, y á esto contestó Mustafá que este cambio no debia enfriar á Francia, porque la Puerta continuaba siendo su mejor amiga. Napoleon replicó entonces, que puesto era así, se ocuparia en arreglar una buena paz entre los rusos y los turcos; pero no se atrevió á hablar de las condiciones. Sin embargo, como los rusos insistiesen, sea antes, sea despues de lo de Erfurt, en que se terminase la contienda con los turcos y se les pidiera las provincias del Danubio; como, por su parte, los turcos se quejaban con respecto á la Francia de que no se les procuraba la paz prometida, Napoleon, siempre corriendo de Bayona á París, de París á Erfurt, de Erfurt á Madrid, para que unos y otros tuviesen algo en que ocuparse,

acabó por insinuar á los turcos, dando muestras del pesar mas intenso, que no eran ya capaces de defender la Valaquia y la Moldavia; que harian bien por lo tanto en renunciar á ellas, asegurándose á este precio una paz sólida, y en concentrar todos sus recursos en las provincias que estaban fuertemente asidas al imperio; que si á este precio querian terminar una guerra que amenazaba serles fatal, él les prometia hacer inmediatamente se tratase un arreglo, saliendo garante la Francia de la integridad del imperio otomano. No puede darse una idea de la revolucion que causó en los ánimos este comienzo de parte de la diplomacia francesa: aunque se empleó el mayor miramiento, y no se dijo sino lo que no podia menos que decirse despues de los compromisos contraidos con la Rusia, llegó á su colmo la ira del sultan Mahmouh, del divan, de los ulemas, de los genizaros, y esta simple insinuacion conmovió hasta tal extremo al ministerio turco, que la emocion se comunicó con la rapidez del rayo á la nacion entera. Al instante se habló de armar trescientos mil hombres, hasta de levantar en masa al pueblo otomano y de sacrificar hasta el último discípulo del Profeta antes que ceder. No quisieron ver en la Francia una amiga que, con el corazon partido, hacia conocer á unos aliados á quienes bien queria una necesidad dolorosa, sino que se obstinaron en ver en ella únicamente una amiga pérfida que hacia traicion á sus antiguos aliados para entregarlos á un vecino insaciable. El Austria, que presenciaba el espectáculo de aquellas vicisitudes con suma impaciencia por aprovecharse de ellas, el Austria, que habia interpretado la entrevista de

Erfurt como debia serlo, afirmó á los turcos que el secreto de aquella famosa entrevista no era otro que el sacrificio de las bocas del Danubio, prometidas á los rusos por los franceses; que á fin de asegurarse la indulgencia de la Rusia en los asuntos de España, Francia le entregaba la Puerta, y de este modo, despues que habia hecho traicion á sus amigos los españoles, trataba de que se lo perdonasen haciendo tambien traicion á sus amigos los turcos; es decir, que salia del apuro amontonando traicion sobre traicion. A esta negra pintura añadió Austria un relato inexactísimo de lo que sucedia en España, mostrando los franceses batidos por paisanos insurreccionados, y sobre todo por los ejércitos ingleses, y como los musulmanes miran la victoria con supersticioso respeto, causó en ellos la impresion mas decisiva el ver á Napoleon juzgado por los resultados, es decir, condenado por Dios. De todas estas alegaciones Austria sacó para con los turcos la deduccion que la Puerta debia separarse de la Francia, unirse otra vez á la Inglaterra, borrar el recuerdo del paso reciente de los Dardanelos por el almirante Duckworth, apoyarse, en fin, en los ejércitos austriacos é ingleses para resistir á la ambicion de un vecino formidable y á la traicion de un amigo pérfido.

Estos discursos, dirigidos á hombres cuyo corazon estaba exasperado, penetraron en él con increíble prontitud, y en poco tiempo se causó en Constantinopla una revolucion en la política estrangera, tan estraña como las que habia habido en la política interior. Mientras que un año antes, rodeando los turcos á los franceses de aclamaciones, levantaban bajo su direccion formidables baterias

contra los ingleses, y arrojaban á estos últimos bala rasa y gritos de odio, veíaseles ahora prodigar ultrages á los franceses, hasta el punto de no poder estos presentarse en las calles de Constantinopla sin que los insultaran, y de ser llamados los ingleses por los votos de la poblacion toda. Atenta el Austria á todos estos movimientos de un pueblo ardiente y fanático, avisó á los ingleses el buen éxito de sus manejos, é hizo ir á Mr. Adair á los Dardanelos. Este ancló allí con una fragata inglesa, y no tuvo que esperar mucho tiempo el permiso para aparecer en Constantinopla. Habiéndole dirigido una invitacion á instancia de la diplomacia austriaca, pasó á la ciudad, y despues de algunas conferencias preliminares, celebrada la paz con Inglaterra, se firmó en los primeros dias de enero de 1809. Desde este mismo instante la Puerta se puso á disposicion de la nueva coalicion, dispuesta á hacer cuanto le inspirasen por la causa comun Austria é Inglaterra.

No eran menos activos en San Petersburgo los manejos del Austria, pero allí no podian tener el mismo buen resultado. La córte de Viena escogió para que la representase en aquellas circunstancias al príncipe de Schwarzenberg, bravo militar, poco ejercitado en las astucias de la diplomacia, pero capaz de imponer por su lealtad y de engañar acerca de las verdaderas intenciones de su córte, que apenas conocia. Tenia encargo de afirmar que las intenciones del Austria eran rectas y desinteresadas, que no queria emprender nada, que lo único en que pensaba, al contrario, era en defenderse contra empresas semejantes á las de Bayona; y que si el emperador Alejandro quisiera volver á apreciar mejor los intereses europeos y rusos, ha-

llaria en ella una amiga segura, en nada envidiosa, y que no pretenderia disputarle ningun engrandecimiento compatible con el equilibrio del mundo. Mr. de Schwarzenberg tenia encargo sobre todo de hacer valer el gran argumento del momento, la perfidia cometida con España, perfidia que ya no permitia á nadie, sino deshonrándose verdaderamente, continuar siendo aliado del gabinete francés. Por lo que respecta á esto, Mr. de Schwarzenberg, que era un hombre de bien á carta cabal, debia tratar de despertar en el corazon del emperador Alejandro toda su honrosa susceptibilidad. En fin, si conseguia hacerse oír, debia, segun se asegura (1), ofrecer la mano del heredero del imperio de Austria para la gran duquesa Ana, lo cual no podia encontrar ningun obstáculo por parte de la emperatriz madre, y hubiera restablecido la intimidad entre las dos córtes imperiales.

En aquella época, no era ya el emperador Alejandro sincero en sus relaciones con Napoleon, bien que lo fuese en los primeros tiempos, cuando llevado del entusiasmo que le causaban proyectos quiméricos, todo lo aprobaba en su aliado. Entonces admiraba sinceramente el genio y las cualidades personales de Napoleon, que valian la pena de ser admirados, y como el interés prestaba ayuda al entusiasmo, se convirtió en aliado cordial en un todo. La ilusion de los grandes proyectos desapareció desde que ya no se trató de Constantinopla, sino solamente de Bucharest y de Jassy. La con-

(1) La mision del príncipe de Schwarzenberg, que en aquella época tuvo gran importancia, fué completamente conocida del gabinete francés por las confidencias del emperador Alejandro con Mr. de Caulaincourt.

quista de las provincias del Danubio, conquista no realizada aun en nuestros días, era sin duda de bastante interés para la Rusia; pero, no obstante, ese interés, mas positivo aunque menos deslumbrante, dejaba á Alejandro mas tranquilo, y le daba en que pensar acerca de los medios de ejecucion. Parecia al principio que el consentimiento de Napoleon seria suficiente para obtener las provincias del Danubio; pero en el momento de ir á realizar este voto, las dificultades prácticas se mostraban mucho mas serias que lo que se imaginó desde luego. Si, sometiendo Napoleon rápidamente la España y causando á los ingleses una derrota que resonara en los ámbitos del mundo, hubiera impedido al Austria hasta concebir un pensamiento siquiera de resistencia; si desde entonces los turcos no hubiesen tenido otro remedio que suscribir á lo que se decidiera de sus provincias, el emperador Alejandro hubiera podido conservar, á falta del entusiasmo que le inspiraran sus primeros proyectos, el fervor de una alianza de que reportaba ventajas tan seguras y prontas. Pero por grande que fuera el genio de Napoleon, por muchos que fuesen sus recursos, se habia creado tales dificultades, que habia engendrado en toda clase de enemigos valor para atacarle de nuevo. Por su parte la Rusia no habia obtenido en Finlandia todos los triunfos con que se contó, tanto en San Petersburgo como en París. Aquel vasto imperio, Hércules en la cuna cuyo porvenir es inmenso, pero cuyo estado presente está muy lejos de igualar á su porvenir; jamás habia podido enviar arriba de cuarenta mil hombres vivos y efectivos á Finlandia durante la campaña del verano, y habia empleado la prima-

vera en hacer contra los suecos un género de guerra que se adaptaba muy poco á su grandeza. La guerra de Suecia, en una palabra, guerra que en cuanto á moralidad de principios corria parejas con la de España, no habia tenido un éxito mas decisivo, y los dos emperadores, aunque muy superiores á sus enemigos, no habian alcanzado de la fortuna favores que envanecieran. Asi pues en manera alguna estaba envanecido el emperador Alejandro: advertia que tenia que conquistar por medio de esfuerzos penosos lo que Napoleon abandonaba en sus manos, y el desengaño que tan pronto obraba en él siempre, iba apoderándose de su ánimo conocidamente. Juzgaba á Napoleon bastante poderoso todavia para que no hubiera seguridad alguna en indisponerse con él; pero no lo juzgaba ya bastante victorioso para que hubiera las mismas ventajas en ser aliado suyo, ni sobre todo bastante puro para que hubiera la misma honra. Y como, por otra parte, probablemente no conseguiria del Austria é Inglaterra las conquistas que seguian siendo su pasion dominante, es decir, las provincias del Danubio, como se hubiera deshonrado de haber una nueva revolucion en sus amistades, estaba resuelto á persistir en la alianza francesa, pero sacando de esta alianza el mayor beneficio posible, y pagando los menos que pudiera (1).

(1) Los que han pintado á Alejandro obrando siempre con falsedad hácia Napoleon, se han equivocado, ni mas ni menos que los que le han representado obrando siempre con sinceridad. Fue sincero mientras duraron su infatuacion y la fortuna prodigiosa de Napoleon; no lo fué tanto cuando á la conquista del imperio turco sucedió allá en sus sueños la de Valaquia y la Moldavia, y sobre todo cuando le pa-

En semejante disposicion, aquella guerra de la Francia con el Austria debia ser para Alejandro la circunstancia mas inoportuna y alarmante, porque iba á dificultar mas y mas la conquista de las provincias turcas, exigir un esfuerzo costoso, si es que era preciso ayudar á Napoleon con el envio á Galicia de un ejército, y añadir una nueva guerra á las cuatro que ya habia empeñadas contra los suecos, los ingleses, los persas y los turcos. Esta guerra iba ademas á poner á la Rusia en contradiccion aun mas chocante con sus antecedentes, porque podia esponerla á tener que combatir en los campos de Austerlitz en favor de los franceses contra los austriacos, y proporcionar nuevos motivos de queja á la aristocracia rusa que criticaba la intimidacion con la Francia. En fin, en la próspera ó la mala fortuna, debia producir un resultado funesto; si lo primero, porque podia inspirar á Napoleon el fatal pensamiento de destruir á Austria, suprimiendo con esto toda potencia intermedia

reció Napoleon menos irresistible y no tan constante su buena suerte. Entonces reemplazó el cálculo al entusiasmo, para dar lugar mas tarde á un sentimiento peor todavía; pero es preciso confesar que Napoleon se atrajo este cambio, siendo difícil pronunciar una condenacion moral contra uno ó contra otro. Las conversaciones que tuvo en secreto Alejandro con Mr. de Caulaincourt, y que este ponía sumo cuidado en referir, revelan estos cambios sucesivos con una verdad notable, por entre todas las lisonjas de que Alejandro salpicaba sus discursos. Verificábase el cambio con una sencillez que prueba que al hombre mas astuto (y Alejandro lo era mucho), le cuesta mucho trabajo ocultar la verdad. El mismo Napoleon, aunque de lejos, no podía engañarse sobre ello, y todo prueba en efecto que no se engañó lo mas mínimo.

entre el Rhin y el Niemen; y si lo segundo, porque debia poner en ridiculo, darle un carácter de peligrosa, y hacer infructifera á lo menos, la alianza contraída con Francia, con gran escándalo de toda la Europa antigua. No hay peor posicion que la de no poder desear ni el bueno ni el mal éxito de una guerra, y lo mejor que hay que hacer entonces es tratar de impedir la. Esto era efectivamente lo que Alejandro estaba dispuesto á procurar por todos los medios imaginables.

Mr. de Romanzoff habia vuelto á San Petersburgo seducido con el proceder de Napoleon, lo mismo que lo estaba Mr. de Caulaincourt con el de Alejandro; pero ambos soberanos eran harto superiores á sus ministros para no librarse de las seducciones que tenian engañados á estos últimos. Alejandro dejó que Mr. de Romanzoff le contara las maravillas de Paris, y las atenciones de que le habia colmado Napoleon, lo mismo que dejaba Napoleon que Mr. de Caulaincourt le contara la amabilidad con que todos los dias le obsequiaban; pero esto no le desvió de sus resoluciones. Arregló de acuerdo con Mr. de Romanzoff su lenguaje y conducta respecto á Francia, y tuvo con Mr. de Caulaincourt varias conferencias muy importantes, en las que casi nada disimuló acerca de la situacion de las cosas, hablando imparcialmente de Napoleon, y con modestia de sí propio. Convino en que la guerra de Finlandia no habia sido bien conducida, pero manifestó el sentimiento que abrigaba de que Napoleon por su parte no hubiese alcanzado contra los ingleses triunfos mas decisivos: hasta pensaba al parecer, que despues de todo solo habian sido los ingleses los que habian ganado algo de la

empresa de España, puesto que iban á tener á su disposicion las colonias españolas, lo cual bien valia la conquista, dudosísima por lo demas, de Lisboa y Cádiz para los franceses. Manifestó abiertamente el pesar que sentia de tener que combatir contra antiguos aliados á cuyo lado se halló en Austerlitz, y los apuros que iba á causarle esta singular situacion en San Petersburgo, en la alta aristocrácia, y aun en la nacion. Confesó la dificultad que tendria en reunir, ademas de un nuevo ejército en Finlandia, tropas de observacion á lo largo del Báltico; un gran ejército conquistador contra Turquía y otro auxiliar de los franceses contra el Austria; dificultad no solo militar, sino sobre todo rentística. Llegó, en fin, en sus conversaciones confidenciales á decir, que aun el buen éxito de la nueva guerra le inspiraba cuidado, porque veria alarmado desaparecer el Austria, y no se prestaría á que se la reemplazase con una Polonia. Declaró que él necesitaba la paz; pero que tambien la creia necesaria á Napoleon, porque, segun decia, no se le escapaba que Francia empezaba á desearla y á cambiar de sentimientos para con su glorioso soberano. Estas eran otras tantas razones para que se le dejase obrar en libertad con respecto al Austria, y para que él (Alejandro) hiciera cuanto pudiese para impedir una guerra que le disgustaba extraordinariamente solo en pensarlo. Añadió que, por desgracia, estaba lejos de creer como Napoleon, que bastaba amenazar, sentar *ultimatums* en nombre de las dos potencias mas grandes del universo, para contener á hombres despavoridos, dominados por el odio y el terror, en los cuales habia, mezclado con la exageracion en el lenguaje,

una parte de temor sincero, que era preciso tomar en cuenta. En su consecuencia, pedia que se le permitiera tranquilizarlos é intimidarlos á un mismo tiempo; tranquilizarlos negando perentoriamente el proyecto que se atribuía á Napoleon de tratarlos como á España, intimidarlos mostrándoles las consecuencias funestas que iba á acarrearles una nueva guerra. Alejandro se negó ademas á confiar, como hubiera querido Napoleon, el cuidado de este asunto á los dos ministros de Rusia y Francia en Viena. Creia Napoleon, deseoso tambien de la paz, que estos dos ministros serian mas perentorios, y desde luego mas escuchados; pero Alejandro creia, al contrario, que irian á parar á la guerra en derechura. —«Nuestros ministros lo embrollarán todo, dijo á Mr. de Caulaincourt; que se me deje á mí obrar y hablar, y si puede evitarse la guerra la evitaré: si es inevitable, cuando lo vea, obraré con lealtad y franqueza.»

No habia, pues, sino dejarle obrar, puesto que en definitiva, siendo, como eran sus miras enteramente pacíficas, se hallaban en completa armonía con las de Napoleon, que deseaba ardientemente evitar la guerra. Lo deseaba, hasta tal punto, que habia autorizado en secreto á Alejandro á que prometiese, no solo la doble garantía de Rusia y Francia en favor de la integridad de los estados austriacos, sino la evacuacion completa del territorio de la confederacion del Rin, lo cual significaba que no habria en Alemania un soldado francés.

Cumpliendo su palabra Alejandro, se espresó con la mayor franqueza delante de Mr. de Schwarzenberg. Pero dueño de dominar su confusion

cuando el ministro austriaco (1) le echó en cara que se hacia cómplice de la indigna conducta observada en Bayona, no se conmovió con la invocacion hecha á sus sentimientos en favor de la causa europea, y oponiendo á la política austriaca todas las mentiras, todo el disimulo de que se habia hecho culpable desde hacia dos años, porque no habia cesado de hablar de paz cuando preparaba la guerra, acabó por declarar que tenia compromisos formales, contraidos únicamente por el interés de su imperio, y á los cuales no se proponia faltar; que si cometian la locura de apelar á un rompimiento, serian destruidos completamente por Napoleon; pero que obligarian tambien á la Rusia á intervenir, y habiéndolo prometido, cumpliría su palabra uniendo sus tropas á las tropas francesas; que no alcanzarían la emancipacion de la Europa, de que se hablaba sin cesar; que obligando á nuevos esfuerzos al que llamaban coloso destructor, no lograrían sino hacerle mas terrible; que el único resultado que obtendrían seria dar á la Inglaterra, que era otro coloso asolador en el mar, medios para alejar la paz, de que tan urgente necesidad habia; que por lo tocante á él, la paz era lo único que queria, (hubiera podido añadir que comprendiendo en ella las provincias danubienses); que era preciso, en fin, llegar á conseguirla; que tendria por enemigo á todo el que contribuyera á alejar el momento deseado, y que emplearia contra él, cual-

(1) Mr. de Schwarzenberg se alababa de haber hecho bajar los ojos á Alejandro cuando le recordó que se hacia cómplice de un despojo odioso secundando al autor de la guerra de España.

quiera que fuese, todas las fuerzas de su imperio. Alejandro descartó toda insinuacion relativa á una alianza de familia con la Rusia, porque no iria á cometer la impolítica de dar á un archiduque en matrimonio una princesa que casi habia prometido á Napoleon.

El ministro austriaco se quedó aterrado con una declaracion tan franca, bien es verdad, que la alta sociedad de San Petersburgo, no tan ardiente de seguro como la de Viena, le habia hecho esperar otro resultado, pues á todos los habia encontrado del partido europeo contra la Francia; aunque no se atrevían á hablar abiertamente por temor de contrariar al emperador, y habia además adquirido la certeza de que la familia imperial abrigaba los mismos sentimientos, con lo cual se lisonjeaba de hallar mejor acogida en el emperador. Un embajador de mas experiencia que el de que nos ocupamos, hubiera visto que bajo la capa de sentimientos reales y efectivos, de que hasta cierto punto participaba Alejandro mismo, habia intereses ligados en aquel momento con los de Francia; que si la aristocracia rusa y la familia imperial podían dejarse llevar de su capricho, usando el lenguaje que mas cuadraba á sus preocupaciones, el emperador y su gabinete tenían que observar otra conducta; y que si ellos podían adquirir un buen territorio mientras Napoleon destruía á los Borbones, naturalmente estaba indicado el papel que debían hacer, cual era dejar que dijese los cortesanos y las mugeres, y hacer su negocio á favor del imperio, procurando ganar en aquel trastorno las márgenes tan desecadas del Danubio.

El principe de Schwarzenberg, que era un su-



geto excelente, no comprendió absolutamente nada de aquellas contradicciones aparentes, y poblaba en San Petersburgo los aires con sus lamentaciones, mientras que escribía á su córte despachos que debieran haberla contenido, si hubiera podido contársela todavía en la pendiente que la arrastraba. Viendo Alejandro que habia causado cierta impresion al representante de Austria, se complació en concebir la esperanza de que quizá ganaria éste alguna cosa de su córte, pero sin contar con ello no obstante, y se preparó para una guerra próxima. Tenia empeño en terminar cuanto antes la guerra de Finlandia, y con este objeto envió un refuerzo que hacia subir á cerca de sesenta mil hombres las fuerzas que operasen en aquellas provincias. Mandó la marcha sobre el centro de Suecia á través del mar Glacial. Una columna debia costear el golfo de Bothnia para dirigirse por Uleaborg sobre Tornea y Umea; otra debia atravesar, marchando sobre el hielo, el golfo de Bothnia, partiendo de Wassa: para que se diera la mano con la primera al pie de Umea; y la tercera, que era la principal, debia caminar tambien sobre el hielo, y marchar por las islas de Aland sobre Stokolmo. La guardia y dos divisiones estaban destinadas á permanecer entre San Petersburgo, Revel y Riga, para vigilar allí las tentativas de los ingleses contra el litoral del Báltico. Cuatro divisiones de infantería y una de caballería, que formaban sesenta mil hombres, tenían encargo de entrar en Galicia para mantener allí la balanza de los sucesos, mas bien que para secundar á los ejércitos franceses. En fin, era natural que los mayores esfuerzos de la Rusia se dirigiesen hácia la Turquía, porque si Alejandro que-

ria ser moderador en Occidente, queria ser conquistador en Oriente, y habia enviado ocho divisiones sobre el Bajo Danubio, una de las cuales formaba una reserva de tres batallones. Esta debia seguir una media direccion entre la Transilvania y la Valaquia, de modo que pudiera, ó ayudar al ejército de invasion que marchaba contra los turcos, á caer sobre el ejército de Galicia, á fin de concurrir con él de cualquier modo á los sucesos que surgiesen de aquella parte. Esta division se dijo á Mr. de Caulaincourt que era una de las consagradas al servicio de la alianza. El total de las tropas que iban á operar en aquella direccion ascendia á unos ciento veinte mil hombres. De este modo, á terminar la conquista de Finlandia, hacer frente á los ingleses, conquistar las bocas del Danubio, y moderar los sucesos de Alemania, fué á lo que Alejandro dedicó los doscientos ochenta mil hombres de tropas activas de que podia disponer. Si no hacia mas, lo imputaba al estado de la hacienda, estado de que se quejaba continuamente á Mr. de Caulaincourt, hablando sin cesar de las cinco guerras que iban á pesar sobre él, y, aunque fiero siempre en su actitud, humillándose casi cuando se hablaba de dinero, y pidiendo que le ayudaran á contraer empréstitos sea en Francia sea en Holanda.

La conducta de la Rusia desconcertó mucho al gabinete de Viena, que esperaba seria menos contraria á sus miras, porque habia juzgado del gobierno por el lenguaje de la nobleza rusa en los círculos de San Petersburgo. Con todo, aunque tuvo por frustrada la mision del príncipe de Schwarzenberg, se lisonjeó con la idea de que aquel gabinete no resistiria mucho tiempo á la opinion nacional, y

sobre todo al primer triunfo que alcanzasen los ejércitos austriacos, persuadiéndose que este primer triunfo, que debía, según ellos, arrastrar tras sí á la Alemania, arrastraría también á todo el continente, y que bastaría dar la señal, darla con fortuna, para que les siguiesen. Los sesenta mil hombres enviados á la Galicia los tuvieron por un simple cuerpo de observación, al cual bastaría oponer fuerzas muy inferiores, encargadas igualmente de observar mas bien que de operar. No tomaron, pues, ni el lenguaje ni las demostraciones armadas de la Rusia como un argumento contra la guerra, y se decidieron al contrario á precipitarlo todo, á fin de conseguir contra las tropas francesas, diseminadas todavía de Magdeburgo á Ulm, ese primer triunfo que debía arrastrar á las demás potencias. Hallábanse en una de esas situaciones en que, no pudiendo ya retroceder, se toma cualquier circunstancia, hasta lo que debiera desaminar, por una razón para avanzar.

Invertido el mes de febrero y parte del de marzo en los preparativos de la guerra, y en idas y venidas por parte de la diplomacia, querían estar en el teatro de las operaciones á principios de abril, es decir, en los primeros días en que es posible la guerra en Austria, porque apenas debía haber allí entonces yerba en los campos. Fijaron, pues, en Viena el plan de campaña que había que adoptar, estableciendo desde luego que hacia la Italia y la Galicia solo harían operar las menos fuerzas del imperio, resolviendo enviar, al mando del archiduque Juan, unos cincuenta mil hombres para secundar la insurrección del Tirol, y ocupar con su presencia á las fuerzas de los fran-

ceses en Italia, añadiendo allí de ocho á diez mil hombres para batallar con el general Marmont en Dalmacia, y destinando al archiduque Fernando con cuarenta mil hombres á contener el ejército polaco-sajon, reunido bajo los muros de Varsovia, y observar á los rusos que avanzaban hacia Galicia.

La principal masa, la que contenía las mejores y mas numerosas tropas, debía operar en Alemania por el Alto Danubio, y acometer la osada empresa de sorprender á los franceses antes que se reconcentrarán. El archiduque Carlos era quien debía mandarla como generalísimo, y quien la había organizado como ministro de la Guerra, no habiendo perdido nada en ella de consiguiente. Se componía de cerca de doscientos mil hombres sobre todo de infantería, que el archiduque Carlos se había dedicado á hacer que fuera excelente, y también de artillería, que siempre había sido muy buena en Austria; no estaba tan provista de caballería, pues el archiduque Carlos no la había aumentado, quizá porque, aunque corta en número, era tan valiente como bien enseñada. Estaba dividida en seis cuerpos de ejército y en dos de reserva, repartidos en Bohemia y la Alta Austria. El total de tropas activas, comprendiendo las destinadas á operar en Italia y Galicia, era de trescientos mil hombres. Detrás de esta masa principal, la reserva, lo mismo que la *insurrección* húngara, debían proteger á Viena, y si se perdía esta ciudad, penetrar en Hungría, para recoger allí los restos del ejército activo y prolongar la guerra. Esta segunda porción, compuesta de mas de doscientos mil hombres de milicias poco aguerridas, pero ya pasaderamente instruidas, hacía subir á mas de quinientos mil hom-

bres los recursos del Austria, que jamás había desplegado tantas fuerzas.

Tratábase de saber cómo se emplearían los doscientos mil hombres que componían la masa principal, destinados á operar en Alemania y dar el primer golpe. Al Consejo áulico, reputado por la causa de los reveses del Austria, porque, según decían, paralizaba la autoridad de los generales, se le había privado de su influencia en beneficio del generalísimo, sin que de ello debiera resultar más unidad en el mando, pues solo hay unidad allí donde reina una voluntad enérgica dirigida por un hombre dotado de temple de ánimo. El archiduque, aunque prudente, ilustrado y valeroso; aunque el mejor capitán que tenía Austria, carecía de la fuerza de ánimo y de carácter necesaria para asegurar la unidad del mando, y la tirantez que ya no se encontraba en el Consejo áulico, debía presentarse alrededor suyo, entre los oficiales influyentes de su E. M. Es verdad que quedaba la ventaja de establecer esta tirantez, cualquiera que fuese, mas cerca del campo de batalla, y esta ventaja no era seguramente de desdeñar.

Dos pareceres traían dividido en aquel momento al E. M. del archiduque Carlos con motivo de cuál era el mejor plan que había que seguir. Consistía el uno en tomar la Bohemia como punto de partida, y suponiendo á los franceses diseminados todavía en Sajonia, Franconia y el Alto Palatinado, desembarcar sobre Bayreuth, es decir, sobre el centro de la Alemania, batirlos en detalle, y sublevar las poblaciones germánicas con esta súbita aparición y este pronto triunfo. Este plan atrevido, que conducía los austriacos por Bayreuth y Wurzburg hasta las

puertas de Maguncia, tenía la ventaja de llevarlos sobre el Rhin por el camino mas corto, de introducir el desorden en los cantones franceses, y de conmover vivamente la Alemania; pero por lo mismo que era atrevido, suponía en la ejecución un carácter que solo tienen por lo general los capitanes dotados de superioridad, quienes regularmente son afortunados, y porque lo son confían en el buen éxito de cuanto emprenden. Ninguno por este estilo había entonces ni en Alemania ni en parte alguna, excepto en Francia: además este plan suponía un grado de adelanto en los preparativos militares del Austria, que aun no había conseguido darles su administración, mas laboriosa que espeditiva. Cuando mas, los cuerpos que debían reunirse en Bohemia, se reconcentrarían allí á principios de marzo, porque á muchos regimientos les faltaban los terceros batallones y no habían llegado todavía los trenes para la artillería. Este plan, destinado á sorprender á los franceses, habría sido bueno sin duda si se les hubiese sorprendido en efecto, y si lo osado de la ejecución hubiera correspondido á lo atrevido del pensamiento; pero en caso de no sorprenderlos completamente, podía ser funesto, porque si tenían tiempo de trasladarse del Elba al Danubio, y de reunirse entre Ulm y Ratisbona, estaba espuesto el ejército austriaco á tenerlos por su flanco izquierdo, ganando á Viena por el Danubio, dispersando todos los departamentos que había dejado en Baviera, y cortando quizá también su línea de operaciones. Con un general tan fecundo en maniobras imprevistas como era Napoleon, esta última probabilidad era muy de temer.